COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 339. ¿De qué modo el pecado amenaza al Matrimonio?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 339 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿De qué modo el pecado amenaza al matrimonio?

A causa del primer pecado, que ha provocado también la ruptura de la comunión del hombre y de la mujer donada por el Creador, la unión matrimonial está muy frecuentemente amenazada por la discordia y la infidelidad. Sin embargo, Dios, en su infinita misericordia, da al hombre y a la mujer su gracia para realizar la unión de sus vidas según el designio divino original.

Bueno, aquí hay que partir de una experiencia. La experiencia es: esa vocación al amor para la que hemos sido creados, esa vocación a la comunión de amor entre el hombre y la mujer, está gravemente amenazada. Está gravemente amenazada por el pecado, porque el pecado ha generado una herida muy seria, muy grave en toda la creación y especialmente en las relaciones humanas.

La verdad es que basta observar cuánto se puede llegar a sufrir también en el seno del matrimonio. El matrimonio, que es el lugar en el que descubrimos la vocación a la felicidad para la que hemos sido creados, el propio matrimonio puede ser también un lugar en el que se sufra muchísimo; puede ser un infierno el propio matrimonio. ¿Y eso cómo es posible, esa contradicción? Pues porque alguien vino, que es Satanás, y sembró una semilla mala, estamos hablando de lo que es el pecado original y la historia del pecado que ha distorsionado las relaciones humanas. Nosotros no creemos que el pecado haya impedido al hombre, haya de alguna manera incapacitado totalmente al hombre, pero sí le ha herido gravemente.

Entonces, la unión matrimonial está amenazada de muchas cosas. ¡Cuántas discordias!, ¡qué tipo de relación a veces tan posesiva, de dominio!, ¡cuántos dramas de violencia, de violencia doméstica en el seno de la familia!, ¡cuántas relaciones posesivas!, ¡cuántas infidelidades! Terrible la infidelidad. Cuántos celos, cuántos conflictos, cuántas rupturas, cuántas impaciencias... Es un drama. Mira el pecado del mundo, mira el pecado del hombre cuando no envías tu aliento. O sea, experimentamos que el poder del pecado es muy grande en el seno del matrimonio, en el seno de la familia.

Entonces la Sagrada Escritura nos dice a este respecto muchas cosas. Uno lee el libro del Génesis, y allí ve, por ejemplo, en Génesis 3, 12, que en cuanto Adán y Eva caen, cometen el pecado original, comienzan las discordias entre ellos; comienzan ya a echarse la culpa al uno. Adán respondió: «Es que la mujer que me diste por compañera me ofreció del árbol y comí». Ya comienzan a echarse la culpa, a echarse los trastos a la cabeza, quizás es la primera discusión matrimonial allí; en el mismo momento que

cometen el pecado original ya empiezan a discutir: «Tú has tenido la culpa», «te lo dije»... ¿Cuántas veces hemos vivido eso en el seno del matrimonio?

Comienza allí también, como consecuencia de aquel pecado original, una relación de dominio y de concupiscencia que no es santa. Dice: «Tendrás ansias de tu marido y él te dominará». Un tipo de relación que no es la querida por Dios, introducida como consecuencia del pecado. Experimentarán también lo que es una relación dura con la propia naturaleza. La propia naturaleza se ve afectada como consecuencia del pecado; nada que ver con la armonía con la que vivían con la naturaleza en el paraíso terrenal. Ahora se produce un «comerás el pan con el sudor de tu frente», «parirás con dolor», tal y como se lee en Génesis 3, 16-19. Bueno, esta es la situación; bíblicamente también se plasma lo que vemos sociológicamente, tanto sufrimiento de nuestras familias, en nuestros matrimonios.

Pero también, al mismo tiempo, hay un mensaje de esperanza. Hay un mensaje de esperanza, que es que esa gracia que el hombre necesita para amar porque el hombre se da cuenta de que no es capaz de amar a fondo perdido —que así tiene que ser el amor: amar a fondo perdido desde el olvido de uno mismo— después de ese pecado original y después de esa distorsión, no es capaz de hacerlo. «Entonces, solamente soy feliz amando de esa manera y no soy capaz de hacerlo por la herida de ese pecado; entonces, ¡ay de mí!, ¿cómo podré superar esta contradicción?».

Y esa es la gracia de Dios, que Dios no nos deja solos. Y en ese momento promete una salvación. Y es esa imagen que se llama del «protoevangelio», del primer evangelio, en el cual ya a la serpiente, a Satanás, le profetiza que el descendiente de una mujer, pisará la cabeza de esa serpiente. Está en ese momento ya prometiendo una redención, una redención de esa incapacidad del hombre de amar a fondo perdido para poder ser feliz. En ese momento comienza ya con paciencia Dios un acompañamiento hasta que finalmente llegue ese Redentor.

Los exegetas, comentaristas del libro del Génesis, dicen como Génesis 3, 21: «El Señor Dios hizo túnicas de piel para Adán y su mujer y se las vistió». En ese vestirles de su desnudez después del pecado original dice que es el Señor Dios quien hizo esas túnicas para revestir. Es curiosa esa imagen; hay algo más ahí que un cubrir el cuerpo para cuidar el pudor. Hay algo más, porque es el Señor Dios el que hizo las túnicas para cubrir. Hay también una promesa de que «yo os cuidaré, yo os protegeré, yo os recubriré»; y en medio de esa herida que el hombre arrastra, Dios comienza ese acompañamiento para derramar su gracia, para que el hombre pueda volver a amar. Llegue el día en el que con Jesucristo pueda volver a amar tal y como fue creado en el designio primero de Dios.